

FANTASMAS ESCONDIDOS

MARÍA LAURA CARUSO

Pueblos y ciudades están repletos de habitantes: niños, niñas, jóvenes, adultos, ancianos, mascotas, árboles, insectos y... ¡fantasmas! Sí, hay fantasmas escondidos en rincones y leyendas. No quieren molestar a nadie, solo quieren vivir una y otra y otra vez lo que ya vivieron, con la ilusión de cambiarlo. En todas las ciudades hay tragedias similares y las historias se repiten, cambian de nombre y de vestido, pero es el amor, la traición, la tragedia, la ambición, el dolor, lo que se cuenta incansablemente del hombre, porque el hombre está atrapado en su propio ser. He aquí una exquisita selección de las doce leyendas urbanas más conocidas, envueltas en la historia de una chica que busca atrapar sus imágenes con una cámara muy especial.

EJEMPLAR DE PROMOCIÓN



FANTASMAS ESCONDIDOS

Leyendas urbanas

MARÍA LAURA CARUSO



ASÍ EMPEZÓ TODO

Pueblos y ciudades están repletos de habitantes: niños, niñas, jóvenes, adultos, ancianos, mascotas, árboles, insectos y... ¡fantasmas!

Sí, leíste bien. Hay fantasmas escondidos en rincones y leyendas.

La vida oculta en paredes, silencios y sombras, le da a las ciudades esa personalidad única que algunos creen que es su arquitectura; otros, su gastronomía; otros, los paisajes; otros, la música... pero son las ausencias que no se conforman con abandonar su calles las que llenan los espacios vacíos y las hacen ser lo que son. Si se está muy muy atento, se los puede sentir caminar cerca. Pero a no temer... no quieren molestar a nadie, solo quieren vivir una y otra y otra vez lo que ya vivieron donde vives. ¿Cómo sé dónde vives? ¡No lo sé! Y tampoco importa... a las presencias les gusta multiplicarse en todas las ciudades del mundo.

Como dije, en todas las ciudades hay tragedias similares, y las historias se repiten, cambian de nombre y de vestido, pero es el amor, la traición, la ambición, el dolor, lo que se cuenta incansablemente del hombre, porque el hombre está atrapado en su propio ser.

A mi abuelo le encantaba contarme estas historias, mi mamá lo retaba porque pensaba que luego no iba a dormir, pero no solo las disfrutaba mucho, sino que luego de la tensión de la intriga, caía rendida y tenía los más coloridos y divertidos sueños.

Pepe, así se llamaba mi abuelo, falleció hace un par de años. Estaba muy viejito y se fue muy tranquilo y feliz con la vida que había tenido. Sin embargo, me puse muy triste al principio, pero la angustia se fue pronto, y quedaron los lindos recuerdos. Igual lo extraño mucho y me gusta encontrarlo en las historias que me contaba. Por eso, salgo por las calles a buscar a la mujer de blanco, a la aparecida, al taxista, al pasajero...y también salgo a capturar imágenes, porque me aficioné por la fotografía, hice varios cursos para aprovechar la vieja cámara que me dejó, en herencia, mi abuelo. Es una de las antiguas, de las que hay que revelar las fotos. ¡Me encanta ver aparecer esas imágenes de a poco! Las imágenes son caprichosas, y cada elemento tiene su ritmo y su tiempo. “Se muestran cuando quieren”, me decía mi abuelo.

Hoy se me ocurrió una buena idea, o eso creo... Unir mis dos pasiones: las historias de fantasmas y la fotografía. Convencí a mi mejor amigo, que casualmente es mi hermano, para que me acompañe a tratar de captar cada breve instante en que las leyendas se revelan para que puedan ser transmitidas.

Contaré cada historia y trataré de atrapar una imagen de los casi casi invisibles protagonistas.

Guille ni está muy entusiasmado con la idea, pero nunca me dejaría sola, soy su hermana menor. Esa noche comenzamos. Luego de cenar, preparamos el equipo y alrededor a las once, porque a las doce debíamos estar en la puerta del cementerio

(por esa magia que tienen algunos números y a algunas horas), partimos tranquilos, caminando, para no perdernos ningún encuentro que la noche pudiera regalarnos.

—¿Al cementerio?! ¿Es necesario?

—Muy necesario.

* * *



La Dama de blanco

Una bella jovencita, hija de un famoso escritor, había cumplido sus 15 años y la esperaba una vida promisoriosa, tenía varios, atractivos y bien posicionados pretendientes. Lamentablemente, le diagnosticaron una grave enfermedad y falleció poco tiempo, sin poder disfrutar nada de lo que la vida le tenía preparado. Su madre sufre un accidente y destruye la tumba de mármol en el cementerio.

- * ir al cementerio
- * llevar la cámara

LA DAMA DE BLANCO

Llegamos a la esquina del cementerio, la noche era fría, pero estrellada. La luna lo hacía todo menos inquietante.

Vimos a una pareja, en esos momentos antes de enamorarse por completo, despedirse con un dulce beso en la mejilla. Ella se presentía hermosa a la distancia, el pasó cerca de nosotros en su partida. Llevaba las manos en los bolsillos para protegerse del frío, al pasar junto a nosotros, sin querer, rozó a Guille con su codo y le pidió disculpas.

Cuando volvimos a mirar hacia adelante, la joven ya no estaba. Habría caminado a prisa por el frío.

Llegamos a la puerta del cementerio y ahí estaba, en su c silla, con su radio, su linterna, su termo y su diario, el sereno.

—¡Qué trabajo inquietante!

—Shhhh, Guille, te va a escuchar.

Nos acercamos con sigilo, como para no molestar, pero el hombre salió al encuentro rápidamente, estaba ansioso por conversar.

—Ya sé lo que piensan, ni me lo digan, pero mi trabajo es muy bueno. —Y ahí citó con orgullo una frase popular que tenía preparada para estas ocasiones—. Hay que temer a los vivos, no a los muertos.

Le contamos que estábamos detrás de fantasmas y leyendas y nos dijo mirando hacia la esquina: “Pobre chico, mañana vendrá a buscar su abrigo...”.

Nuestro interés fue tan obvio como poco necesario, de todas maneras, nos contaría la historia.

Una bella jovencita, hija de un famoso escritor, había cumplido sus 15 años y la esperaba una vida promisoriosa, tenía varios, atractivos y bien posicionados pretendientes.

Lamentablemente, le diagnosticaron una grave enfermedad y falleció al poco tiempo, sin poder disfrutar nada de lo que la vida le tenía preparado. Su madre sufrió mucho y envió a construir, para albergar su frágil cuerpo, una tumba de mármol blanco en este mismo cementerio. Tanto la extrañaba que permaneció con ella mucho tiempo, inclusive noches enteras, hasta que la tristeza dejó de ser extraña y pudo regresar a su casa.

Algunas noches de luna, desde hace muchos años, la joven sale a pasear, entra a un bar, coquetea con un joven, este la acompaña hasta la casa o cerca, le presta su abrigo por el frío de la noche y se separan para no verse más.

Algunas veces, los lleva hasta la puerta de su casa y entra. Otras veces se despiden en las cercanías del cementerio y cuando el joven, luego de unos pasos, voltea a mirarla, ella ya no está.

Hubo un muchacho en particular que impresionó al guardia del cementerio sobre todos los demás. Se ve que ella sintió algo especial y quiso marcar su recuerdo. El pobre no pudo salir de su crisis y permaneció inmóvil junto a la tumba varios días, como lo había hecho su madre al comienzo del duelo.

Se conocieron en un bar, se miraron de lejos y él, aunque muy tímido, por insistencia de sus amigos, se animó a hablarle. Ella fue dulce y considerada, demasiado suave para su hermosura, demasiado adulta para la edad que aparentaba su rostro,

su conversación revelaba tener más de treinta años, pero su rostro era muy juvenil. Él no preguntó su edad, ningún caballero lo hace.

Hablaron un buen rato. Él se sentía cada vez más atraído. Le gustaba escribir poesías, y ella parecía conocer del tema, le nombraba con particular familiaridad a sus poetas favoritos. Él se animó a recitarle sus versos más preciados. Ella lo miraba con ternura.

Pidieron una copa de vino y, en un descuido, ella volcó un poco sobre su inmaculado vestido blanco. La mancha parecía una herida. Tal vez lo fuera... Ella le dijo que pronto amanecería y debía retirarse. No le gustaba llegar a casa cuando la luna ya no estaba.

Él se ofreció a acompañarla, y ella aceptó con gusto. Hacía frío. Él le prestó su abrigo y, con romántica gracia, lo puso sobre sus hombros. Caminaron casi rozando sus manos, pero sin llegar a tomarse. Cada vez que se aproximaban, él se estremecía como nunca antes, como jamás después.

Ella dudó un momento, pero ante su insistencia, no se separaron en el cementerio, sino que él insistió en llevarla hasta su casa. Así hicieron. Ella besó suavemente sus labios, y él sintió un escalofrío que no pudo comparar con nada. Ella atravesó el umbral. Él se volvió con el alma satisfecha.

A las pocas cuerdas, sintió el frío. Con el deslumbramiento había olvidado tomar su abrigo. Pero no importaba, mañana volvería por él. Era la excusa perfecta.

Ese domingo arrancó tarde, pero con una ilusión especial, iría en busca de la chica de sus sueños. Hizo el camino a su casa de memoria y casi sin darse cuenta, estaba llamando a su puerta. Pero no salió ella, salió la madre. Él se presentó con respeto y cuando preguntó por su hija, la madre rompió en llanto. ¿¡Qué broma de mal gusto era esa?!

Al ver la palidez en el rostro del muchacho, ella no dudó en hacerlo pasar, en definitiva, hablar de su hija de cualquier manera le hacía bien.

El joven le contó su encuentro, y la mujer, que ya tenía algunas canas y arrugas de llanto, le dijo que era imposible, que su hija había muerto hacía años.

El joven casi se desmayó, seguro había una equivocación, seguro que era otra casa, otra joven... Pero no, la madre trajo el último retrato de su hija, el día que cumplía 15 años, con un hermoso vestido blanco. Verlo le hizo confirmar que se trataba de ella. Algo inquietó a su madre, el vestido de la foto ya no era blanco, tenía una mancha borraquina en el pecho. El frío en el ambiente fue inaguantable.

Ante la negación del muchacho en aceptar la verdad, la madre le pidió que la acompañase a la tumba, para sacarse toda duda. Ahí estaba, en la puerta del monumento, colgada, su chaqueta. La necesitaba, el frío de pronto se volvió absoluto...

* * *